

Una sociedad según el corazón de Dios: utopía sociopolítica de Mons. Romero

Álvaro Artiga González*

Palabras claves

profecía, utopía, política, Iglesia, conversión

Resumen

Este trabajo introduce, a partir de las homilías de Mons. Romero en su primer año al frente de la arquidiócesis de San Salvador (1977), lo que podría denominarse la utopía sociopolítica de Mons. Romero, la cual queda condensada en la expresión “una sociedad según el corazón de Dios”, que sería una sociedad tranquila, en paz, hermosa, fraterna, bella paradisíaca.

El punto de partida es la intuición de que hay —en las homilías pronunciadas por Mons. Romero durante sus tres años como arzobispo de San Salvador, en sus cartas pastorales, en su diario, en sus pronunciamientos, en sus editoriales, etcétera— una serie de expresiones e ideas que, tratadas de manera sistemática, pueden delinear la clase de sociedad que imaginaba para los salvadoreños. Una sociedad que, según él, Dios ofrecía a El Salvador como señal del carácter histórico de su salvación y en la que Mons. Romero cree y promueve como designio de Dios para los salvadoreños

Sin embargo, dicha sociedad solo sería posible si antes los salvadoreños entraban en un proceso de conversión hacia Dios. En las homilías de Mons. Romero, hay una serie de llamamientos a la conversión a diversos sectores y grupos sociales. Tal conversión debe entenderse en dos sentidos: un dejar de hacer lo que obstaculiza la llegada de esa sociedad (dejar de hacer lo que Dios rechaza) y un ponerse a hacer lo que hará realidad esa sociedad (hacer lo que Dios quiere).

* Director del Doctorado en Ciencias Sociales UCA/UDB, e-mail: alartiga@uca.edu.sv

La conversión aparece así como una exigencia para salir de la espiral de violencia en que había caído el país. Mons. Romero era consciente de que la situación se deterioraba cada vez más y en ello había responsabilidad, por acción u omisión, de todos los salvadoreños. Por tanto, para revertir la tendencia al empeoramiento era necesario un cambio de actitudes y de comportamientos, un giro hacia Dios. Este giro tendría como resultado una transformación de las relaciones sociales. Una cuestión que sigue siendo vigente treinta y cinco años después de su martirio.

Introducción

Muchas cosas se pueden decir de Mons. Romero y muchos trabajos (más allá de las biografías) se han hecho a partir de sus dichos, de sus palabras, de sus homilias y cartas pastorales. Treinta y cinco años han pasado desde su asesinato. Pero, paradójicamente, ese asesinato se puede completar cuando se le ha declarado beato y está en camino a la canonización. Por la distancia temporal y por las consecuencias que puede tener para la Iglesia local y mundial, hay una dimensión del pensamiento de Mons. Romero que puede quedar relegado a un último plano, a tal grado que quede oculto, invisible, pese a la importancia que tuvo para él y que tiene para los salvadoreños de hoy. Es la dimensión sociopolítica de su pensamiento manifestada en la metáfora de “la sociedad según el corazón de Dios”.

Este trabajo está distribuido en tres apartados y una conclusión. En el primero, se define la perspectiva desde la que se pretende leer las homilias y demás escritos de Mons. Romero. En el segundo, se recupera una serie de llamamientos a la conversión (en sentido

negativo, como un dejar de hacer; en sentido positivo, como una invitación a hacer) que Mons. Romero hizo a diferentes sectores y grupos sociales durante su primer año al frente de la archidiócesis de San Salvador. Y en el tercer apartado, se presentan los primeros esbozos del “sueño” de Mons. Romero para la sociedad salvadoreña. Un “sueño” en el que vio que Dios quería encontrarse con los salvadoreños en su historia, para hacer de su historia una señal de la salvación. El “sueño” de Mons. Romero es el designio de Dios para los salvadoreños.

1. La perspectiva de este trabajo

El 22 de febrero de 1977, fue el día en que Mons. Óscar Arnulfo Romero y Galdámez tomó posesión del cargo de arzobispo de San Salvador. El día 20 de ese mismo mes y año, habían tenido lugar las elecciones presidenciales en un proceso que culminaría con las denuncias de fraude y la masacre de quienes lo denunciaban concentrados en la Plaza Libertad de San Salvador, el día 28. La vida eclesial de aquellos momentos mostraba, tanto dentro como fuera del país, el rasgo de la persecución por parte de las autoridades políticas¹. En dicho contexto se suceden, en menos de un mes, varias reuniones del nuevo arzobispo con el clero archidiocesano que culminan con “la mayor demostración de unidad eclesial que se recuerda en la historia moderna del país”²: la misa única del 20 de marzo en la catedral por el asesinato del P. Rutilio Grande. Pronto comenzaron los ataques y la campaña difamatoria contra el arzobispo llamándolo “comunista”.

Sobre los hechos eclesiales mencionados, un comentarista de la revista *Estudios*

1. La expulsión de sacerdotes, así como la prohibición de su ingreso a otros que se encontraban fuera del país y el asesinato del jesuita Rutilio Grande, el 12 de marzo, son muestra clara de dicho rasgo de la vida eclesial local. El arresto de un grupo de obispos llegados de todo el continente a Ecuador para una reunión pastoral, calificada como “subversiva” por las autoridades de Quito, es una muestra del mismo rasgo a nivel continental (véase J-P. Clerc, “Las iglesias católicas y el poder militar en América Latina”, *Estudios Centroamericanos (ECA)*, Año XXXII, n.º 341, 1977, pp.199-206.
2. G. L. “Monseñor Óscar A. Romero, nuevo arzobispo de San Salvador. Crónica de seis semanas”, *Estudios Centroamericanos (ECA)*, Año XXXII, n.º 341, 1977, p.208.

Centroamericanos (ECA), escribió luego de seis semanas de la toma de posesión del arzobispo:

Sin pretenderlo y quizá sin saberlo, monseñor Romero ha sido importante protagonista de una página de la historia de la Iglesia en El Salvador y en toda América Latina. Sus decisiones han sido históricas; su proceder ha hecho culminar todo un proceso de la Iglesia de la archidiócesis que se ha ido gestando desde el Vaticano II y Medellín. Evidentemente, en la archidiócesis ha habido y seguirá habiendo fallos, errores y pecados, pero *en estos momentos* ha aparecido también *el gran milagro* gestado por tantos cristianos y por la sangre de Rutilio.

[...] La actuación de Monseñor ha sido un símbolo claro de la intención fundamental de la Iglesia postconciliar: ha compartido los gozos y *las esperanzas*, las angustias y las tristezas de su mundo. Las *esperanzas* las ha expresado en numerosos sermones, escritos y conversaciones por la YSAX. Las tristezas las ha compartido y también denunciado en el mensaje de los obispos y en las entrevistas por radio [...] Ha ofrecido, a todos los salvadoreños de buena voluntad, *la solución cristiana*: la luz y la fuerza que proviene del evangelio y de los documentos de la Iglesia.³

Mons. Romero compartió las *esperanzas* de su pueblo, las expresó en sus homilías y escritos y ofreció *la solución cristiana* para resolver los problemas que vive El Salvador. En aquellos *momentos* esto fue parte de un *gran milagro* que ocurría en el país. Poco más de tres años después de su asesinato, Sobrino analizaba la dimensión profética de Mons. Romero sin la cual no podría entenderse su misión y su destino martirial⁴. La palabra profética de Mons. Romero es analizada por el P. Sobrino desde tres dimensiones: histórica, teológica

y escatológica. Me interesa en este momento retomar la primera dimensión que se refiere al “contenido concreto de la palabra de Dios que denuncia y desenmascara el pecado de la sociedad y sus responsables, anuncia el castigo, exige la conversión y ofrece una esperanza para el futuro”⁵.

La dimensión profética comprende, pues, cuatro elementos: una denuncia, un anuncio, una exigencia y una oferta. En este trabajo me interesa el tercer elemento, es decir, la exigencia o el llamamiento a la conversión. Según Sobrino: “Como pastor llamó a conversión a todos los salvadoreños, de todos exigió una renovación personal. En cuanto profeta, sin embargo, llamó específicamente a la conversión del pecado fundamental y a sus responsables”⁶.

¿Cuál era ese pecado fundamental? Sobrino sostiene que para Mons. Romero era la absolutización de la riqueza. Esta es la “raíz de una sociedad global y radicalmente pervertida a todos los niveles” (*op. cit.*, p.1005). Por tanto, la conversión no debiera tener solamente una dimensión personal, sino también una dimensión social. Además de una conversión individual, del corazón, era necesaria una conversión de la sociedad, es decir, una transformación social. Ciertamente, para lograr que esta conversión fuera eficaz había que conocer el punto de partida, “la perversión a todos los niveles” y la responsabilidad de cada uno de los agentes sociales en esa “perversión”. Pero también es necesario tener una idea de hacia dónde hay que convertirse, es decir, al menos una idea del punto de llegada habría que tener. Este “punto de llegada” no le era indiferente a Mons. Romero. De hecho, como se verá con más detalle posteriormente, en ese punto estaba la radical diferencia entre la liberación que predicaba Mons. Romero y la liberación

3. *Ibid*, pp. 209-210. (Las cursivas son mías).

4. J. Sobrino, “Mons. Romero: profeta de El Salvador”, *Estudios Centroamericanos (ECA)*, año XXXV, n.º 384/385, 1980, pp.1001-1034.

5. *Ibid*, p. 1002.

6. *Ibid*, p. 1017.

que predicaban diferentes organizaciones que convergieron, unos años después, en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Por de pronto, basta la siguiente cita como una muestra de este afán por aclarar cuál es la liberación que la Iglesia predicaba:

... nosotros en la Iglesia no predicamos una liberación a ras de tierra, una revolución que quisiera resolver las cosas con violencia, con secuestros, con represiones, con crímenes. No es esta la voz de la Iglesia. La Iglesia, siempre que predica que los hombres tienen que ser libres, iguales, dignos, se remonta a la luz de Dios. (08-01-78)

Insistir en la distinción era algo necesario, tanto por la campaña difamatoria contra la Iglesia archidiocesana, como por la posible instrumentalización de la Iglesia por parte de organizaciones de clara inspiración marxista.

Por tanto, la conversión es hacia Dios. Pero ¿qué significa eso tanto en términos personales como en términos sociales? Sobrino da cuenta de lo relacionado con la dimensión personal, con más detalles que lo que atañe a la dimensión social. Y lo hace citando extractos de homilías de Mons. Romero, en su mayoría del año 1979 y algunas de 1980. Yo voy a enfocarme más en la segunda dimensión, es decir, en la conversión (transformación) de la sociedad y lo voy a hacer, en este trabajo, citando extractos de las homilías de Mons. Romero de su primer año como arzobispo metropolitano. Sin embargo, para facilitar la comprensión de estos extractos, voy a presentar *grosso modo* algunos de los rasgos sobresalientes del contexto histórico en el que lleva a cabo Mons. Romero su primer año como arzobispo de San Salvador.

2. Los “llamamientos” de monseñor Romero

Quizá el “llamamiento” de Mons. Romero que más se conoce es aquel que hizo en su homilía del 23 de marzo de 1980:

Yo quisiera hacer un *llamamiento*⁷, de manera especial a los hombres del Ejército y, en concreto, a las bases de la Guardia Nacional, de la Policía, de los cuarteles: hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y, ante una orden de matar que dé un hombre, debe de prevalecer la ley de Dios que dice “No matar”. Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el Gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre. En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: icese la represión!

Sin embargo, las homilías dominicales de Mons. Romero desde 1977 contienen muchos más llamamientos y no solo a los “hombres del Ejército”. Hay llamamientos en general, como aquel que hizo en la misa exequial del ingeniero Mauricio Borgonovo, quien había sido secuestrado, y 21 días después apareció su cadáver:

Finalmente, queridos hermanos, y esto quisiera que fuera la voz más grande en este momento: un *llamamiento* a la concordia. Solo Cristo puede decir en este instante a nuestra patria: “Amaos los unos a los otros”. Solo Cristo viviendo en su Iglesia puede decir: la fuerza del cristiano es el amor, la fuerza del cristiano no es el odio, la venganza, el resentimiento. Lejos, pues, de nosotros, queridos hermanos, esa ola que muchos esperan, de crímenes, de venganzas. ¡De ninguna manera! No es contestando violentamente a la violencia como se va a arreglar la paz del mundo. Es, como dice San Pablo, mejor: no devolváis mal por mal, ahogad

7. Las cursivas en este extracto y en los que siguen son mías.

el mal con el bien, una ola de bondad, una ola de amor, un ambiente de comprensión.
(11-05-77)

Se trata de un *llamamiento* a todos, en especial a los cristianos, para que no fuesen a reaccionar violentamente en aquellas circunstancias. Ya aquí hay un rechazo a la violencia como método para resolver los problemas que aquejan a la sociedad salvadoreña. No es con violencia como se alcanza la paz⁸.

En la misa exequial del padre Alfonso Navarro vuelve a hacer otro *llamamiento*, en este caso el nivel de generalidad es menor, pues se dirige a las que Mons. Romero denomina “las fuerzas morales”:

Y por último, queridos hermanos, el mensaje de este beduino camino de la eternidad es este: un *llamamiento* a todas las fuerzas morales. Hermanos, si Alfonso Navarro es la figura de la Iglesia acribillada en este momento, la Iglesia como aquel beduino sigue señalando, como *llamando* a todos los demás: “Sigan por aquí”. Si a la Iglesia no se le quiere creer, si a los sacerdotes se les está confundiendo con marxismo y comunismo, no es justo hermanos. Pero si la calumnia llega a cundir, decimos entonces a las otras fuerzas morales que quedan en el mundo: “¿Y ustedes qué hacen?”.
(12-05-77)

Hay un doble llamado en este llamamiento. Uno es el que Mons. Romero pone en boca del padre Navarro: “Sigan por aquí”⁹, por el camino del rechazo a la violencia:

Yo encuentro en el mensaje de Alfonso el de aquel beduino acribillado por las balas; en primer lugar, una protesta, un rechazo a la violencia: “Me matan porque les indico el camino”. Y nosotros, la Iglesia, repetimos, una vez más, que la violencia no resuelve nada; que la violencia no es cristiana ni humana; que la violencia, sobre todo cuando pisotea el quinto mandamiento, “No matarás”, en vez de traer bienes, trae angustias, lágrimas, zozobras.
(*Ibid*)

Por tanto, es un llamamiento a no aceptar la violencia como método para resolver los problemas del país. Y mucho menos si esa violencia implica quitarle la vida a un ser humano. ¡Por allí, no! El otro llamado es el que Mons. Romero hace a las fuerzas morales, a quienes interpela sobre su comportamiento en medio de aquella espiral de violencia: “¿Y ustedes qué hacen?”. Pero ¿quiénes son esas fuerzas morales? En su orden, Mons. Romero habla del “protestantismo”, “las organizaciones nobles”, “a todo lo bueno que queda en cada familia”, a todos ellos les dice:

Esta hora, hermanos, no es para dividimos entre dos Iglesias, es la hora de sentir una sola Iglesia que lucha por esa resurrección de Cristo, que trae redención no solo más allá de la muerte, sino aquí en la tierra, para luchar por un mundo más justo, más humano, para luchar por una sensibilidad social que se haga sentir en todos los ambientes, para luchar contra la violencia, contra el crimen. ¡Ah, si todos nos propusiéramos, como un propósito sincero en esta tarde, de unir las fuerzas morales! No solo

8. Varios meses después, Mons. Romero hace otro llamamiento similar: “Desde la perspectiva de Dios, pues, la Iglesia ilumina estas realidades y hace un llamamiento a los hombres a la cordura, al entendimiento, a no querer arreglar las cosas por las fuerzas irracionales del más fuerte, sino por la fuerza de la razón que es la fuerza de Dios” (16-10-77).
9. Este llamamiento se entiende mejor si se toma en cuenta la leyenda que cuenta Mons. Romero al inicio de su homilía: “Cuentan que una caravana, guiada por un beduino del desierto, desesperada y sedienta, y buscaba agua en los espejismos del desierto; y el guía les decía: “No por allí, por acá”. Y así varias veces, hasta que hastiada la caravana sacó una pistola y disparó sobre el guía; agonizante ya, todavía tendía la mano para decir: “No por allá, sino por aquí”. Y así murió, señalando el camino”. Mons. Romero aplica esta leyenda al padre Navarro.